

de los tiempos que no alcanzan á tales cosas cuales aquí se indican. La mano del Señor no está abreviada, y si en las apostasias del pueblo de Dios quedaba siempre algún Tobías ó algún Judas Macabeo, tampoco hoy faltan, por la misericordia de Dios, almas buenas, no digo en pueblos morigerados y cristianos, sino aún en medio de la nación perversa, que es en medio de pueblos descreídos y de ciudades populosas, debiendo para remate tener muy entendido que más bien hace alguna de esas almas fervorosas que muchas tibias y negligentes.

ARTÍCULO XXXI

EL MISTICISMO DE SANTO TOMÁS

Dice el sabio Fr. Elías de Sto. Tomás, C. D. (1): Santo Tomás ha llevado una inmortalidad al cielo y dejado otra en su doctrina, en sus libros, que jamás se podrán leer, como los de sus coetáneo y hermano en el amor San Buenaventura, sin sentir los más vivos transportes del entusiasmo. A los pies del Crucifijo, supo Santo Tomás sorprender los más sordos gemidos del espíritu, para así remontarse mejor hasta Dios, ese abismo sin fondo de las almas. Su corazón, desbordado, loco de amor, sale como rayo luminoso en sus escritos, en sus palabras, en sus himnos, eterna confesión de lo infinito. De Santo Tomás, escribe el Cardenal González, puede decirse: «que al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor; al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida, y sus tendencias impetuosas hacia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel, cuando sentados á la sombra de los sauces de los ríos de Babilonia, tristes recordaban las glorias de Sión y entonaban llorosos las canciones del destierro.»

(1) «Homenaje á Sto. Tomás», por Fr. Elías de Sto. Tomás, Carmelita Descalzo.

Angel por su inocencia, por su candor, por sus virtudes y por su intuición, vislumbrando la alborada de la patria desde las arideces del destierro, Santo Tomás en la cumbre de la Edad media, cuando fulguraba en el pensamiento de los filósofos el idealismo platónico y el espiritualismo cristiano, viene á reasumir en su corazón, en sus palabras, en sus escritos, en toda su existencia, las grandezas del misticismo, en cuyas olas suben las almas hasta anegarse en el seno de lo infinito; no de ese misticismo pantheísta engendrado entre nubes de aromas en los bosques de la India, que afirma que todas las cosas forman una sola, una substancia universal que llama Dios; y mira por consiguiente á los seres de este mundo, como fenómenos pasajeros de esa substancia universal, como centellas más ó menos brillantes del centro de luz de donde se desprenden y á donde van á morir á poco de parecer, ó como gotas del rocío de la mañana que se desvanecen luego que entra el día, volviendo de nuevo á formar parte del fluido aeriforme de que proceden; ni de ese misticismo todo penetrado de teosóficos ensueños, de prácticas teúrgicas, de palingénésicos periodos; no de ese misticismo filosófico venido de las tinieblas de Alemania, según el cual el alma manifestación espléndida del Ser divino, envuelta y limitada por la materia de nuestro cuerpo, está como desterrada de su patria y suspira por emanciparse de las condiciones de la vida presente, y volver al eterno foco de la existencia, concretándose, mientras no llegue á este anhelado término de su constante aspiración, á ensayarse en la contemplación de lo absoluto, sino de ese misticismo sobrenatural y celeste que irradió como la aurora de un nuevo universo en la Cruz sacrosanta del Calvario, que arrasó á la pecadora de Bethania á las plantas del Salvador divino; de esa ciencia infundida por Dios en las que se llegan á Él, después de haberse purificado de las aficiones desordenadas de su corazón.

Por esta razón, Santo Tomás, como Granada, Teresa de

Jesús, Juan de la Cruz, Kempis, Taulero, Susón, figuras que atraviesan la tierra cuasi sin tocarla y sin detenerse en ella, vienen á ser como símbolos y representantes de ese misticismo verdadero que eleva, purifica é ilumina el entendimiento, por la meditación, por la plegaria que *gime por no poder gemir*, y llora porque no halla la misteriosa nota con que hablar de lo infinito, por la gracia que envuelve en una ola de la luz de Dios al hombre, y le eleva hasta Él en el éxtasis del deseco purificado; por el poder de ese eterno *Sursum corda* que queda para exaltar á la humanidad, ahí, en esos libros eternamente amables, en la Guía de pecadores y Símbolo de la fe, en las Moradas y Castillo interior, en la Noche oscura y Subida del Monte Carmelo, en la Imitación de Cristo, en las Instituciones místicas y en el Diálogo de la Verdad, ese sordo gemido del corazón, que dejando en los valles de la tierra todo lo que puede dejar el hombre, con alas de amor que se deshace en suspiros, en oraciones, en arrobamientos, en lágrimas, sube, vuela y penetra en la clara región de lo increado, donde el alma, después de haber probado las alturas de su Amado, exclama:

»Entréme donde no supé,
»Y quedéme no sabiendo,
»Toda ciencia trascendiendo.

»Yo no supe donde entraba,
»Porque cuando allí me ví,
»Sin saber dónde me estaba,
»Grandes cosas entendí;
»No diré lo que sentí,
»Que me quedé no sabiendo,
»Toda ciencia trascendiendo.

»De paz y de piedad
»Era la ciencia perfecta,
»En profunda soledad,

»Entendida vía recta;
»Era cosa tan secreta,
»Que me quedé balbuciendo,
»Toda ciencia trascendiendo» (1).

Allí no hay sensaciones, ni imágenes, ni especies inteligibles, ni intermediario alguno entre la inteligencia y la Verdad; sino visión directa, intuitiva, que, si bien inferior á la de los bienaventurados, es, con todo, suficiente para que el alma pueda ver, siquiera por breves momentos, los horizontes de lo infinito iluminados por el Sol de la Eterna Verdad.

»Allí, dice San Bernardo, en medio del más profundo silencio, y suavemente reclinada en los brazos de su Esposo, duerme el alma, pero su corazón está despierto, y sondea mientras tanto los profundos misterios de la Verdad Increada, con cuyo sabroso recuerdo, después que haya vuelto en sí, ha de nutrirse y deleitarse. Allí ve cosas invisibles, y oye palabras inenarrables, que la lengua del hombre no puede pronunciar» (2).

Allí aprende el alma: «conocimiento de la grandeza de Dios, porque, mientras más cosas viésemos de ella (divinidad), más se nos da á entender; y propio conocimiento, y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Señor de tantas grandezas, le ha osado ofender, ni osa mirarle... Estas son las joyas que comienza el Esposo á dar á su esposa; y son de tanto valor, que no las pondrá á mal recaudo, que aún quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas, hasta que las goce para siempre» (3). Allí, finalmente, canta el alma el himno, la apoteosis, el *surrexit* del espíritu que así deja los derroteros de este universo sin luz, para guarecerse bajo los brazos de la Cruz divina y perderse después, ya amaestrado, como el Apóstol, en la ley del sacrificio, del

(1) San Juan de la Cruz, *Devotas Poesías*. (2) De Gradibus humilitat, cap. 7.

(3) Morada sexta, cap. 5.^o

dolor, de la muerte mística, en el abismo sin fondo de todas las aspiraciones inmortales y de todos los amores imperecederos, ¡Dios, Dios! realidad eterna hacia la que gravitan desde los astros que cantan entre los arboles del firmamento, hasta las almas que lloran reclusas en las áridas soledades del destierro. Ahí, ahí está el verdadero misticismo.

Confieso que en la génesis de doctrinas aparecidas en el mundo desde el comienzo de las civilizaciones, ninguna para mí se presenta tan profunda, tan verdadera, tan elevada, como la doctrina del misticismo proclamado por la religión cristiana y practicado y enseñado con toda escrupulosidad por el Sol de Aquino.

Esas aspiraciones del místico no son más que las tristezas, las aspiraciones, las languideces del alma abrillanada por el fuego del espiritualismo, principio y remate de todo verdadero encumbramiento. El Apóstol de las gentes ha sintetizado toda la esencia del misticismo en estas elocuentísimas palabras: «Sólo una cosa quiero saber, Cristo, y Cristo Crucificado.» «Que fué tanto como decir,—escribe Donoso Cortés:—sólo una cosa quiero saber, para saberlo todo; quiero saber á Jesucristo solamente, porque sólo en Él están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las cosas» (1). De este modo, el misticismo todo lo sabe, sabiéndolo todo en Dios hacia el que gravita con gravitación inacabable, pudiendo definirse, por consiguiente: «Como el amor divino en todo su esplendor, aplicado á la vida espiritual, práctica y contemplativa, y como la supremacía directa y constante de la primera causa sobre las causas segundas; del fin último sobre los fines inmediatos, siempre presentes á los ojos del espíritu, y presidiendo al desarrollo total de la vida en todas las esferas de la actividad humana» (2).

Como se ve, el misticismo verdadero, genuino, eminentemente cristiano, presupone lo *sobrenatural*, y el místico

(1) Fidal (D. Alej.). Sto. Tomás de Aquino, pág. 131.— (2) Ensayo.

llega á la posesión de Dios *por unión de amor*, no soñando, sino por medio de una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, de una contemplación abincada y honda de las cosas divinas, que abstrayéndole de lo caduco de estas tierras le obliga á proceder como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo (1).

Y ¿qué origen, qué causas se pueden señalar á ese estado de efervescencia de la voluntad y del entendimiento?

Está fuera de toda duda que en el orden mismo de la naturaleza existe una comunicación íntima de Dios con nuestras almas. La luz que ilumina nuestras inteligencias, no es más que un destello de la Inteligencia Infinita, que se pone, digámoslo así, en contacto con la nuestra (2), no es sino la *presencia* de Dios que se revela á nuestro espíritu, y le descubre, en cierta tasa y medida, su soberana esencia.

Malebranche, Gioberti y Schelling han sostenido que nosotros conocemos las cosas todas en Dios ó sea viéndolas en las ideas arquetipas contenidas en la mente divina; empero, no es necesario profesar las absurdas teorías ontológicas para admitir, como venimos diciendo, la comunicación de Dios con nuestra mente, pues basta reconocer que la *verdad* no tiene su origen en la inteligencia del hombre. Los primeros principios, esas verdades de evidencia inmediata sin las que la razón sería impotente para toda investigación científica, son, han sido y serán eternamente, con independencia total del entendimiento creado. Su origen, por consiguiente, está en Dios, en su Inteligencia Infinita que continuamente vemos reflejarse en nuestra mente (3).

(1) S. Juan de la Cruz. Avisos y Sentencias espirituales. Aviso 345.

(2) Sic igitur actio intellectus creati pendet a Deo quantum ad duo: uno modo quantum ab ipso habet perfectionem sive formam per quam agit; alio modo in quantum ab ipso movetur ad agendum. (S. Thom. 1.^a 2.^a ae q. 109, a. 1.^a)

(3) Veritas ergo intellectus divini est una tantum, á qua in intellectu humano derivantur plures veritates. (S. Thom. De Veritate, art. 4.) Soli intelligenti, qui est Deus, illustrat interiori; unde ipsam lumen naturale animae inditum, est illustratio Dei quae illustratur ab ipso ad cognoscendum ea quae pertinent ad naturalem cognitionem. (1.^a 2.^a ae, quae. 109, a. 1.^a, ad 2.^{am})

Y si del orden intelectual pasamos al orden moral, vemos también brillar en el fondo de la conciencia otra serie de principios no menos evidentes que revelan igualmente su origen divino (1). Estos principios al ser reducidos á la práctica hacen que una voz dulce ó aterradora resuene en lo más íntimo de nuestra conciencia, atestiguando la presencia de Dios en nuestro interior.

Esta comunicación íntima de lo finito con lo Infinito, ha dicho Balmes, es una de las verdades más ciertas de la Metafísica (2).

Varios grados tiene esta comunicación de Dios con las criaturas, pero así y todo, por vasta que supongamos la inteligencia del hombre, ello es que tiene un límite allende del cual existen grandes é inexplorados horizontes. Pero ¿no podrá la razón humana, mientras cruce los ásperos senderos de este mundo, romper esa valla y recrearse en ese cúmulo de verdades que constituyen la verdadera felicidad? Dios, que es el autor de estas leyes, puede como legislador absoluto prescindir de ellas y ponernos en posesión, por medios extraordinarios, de ciertas verdades que en otro caso serían inaccesibles para nosotros. Y hé aquí con toda su majestad y en todo su grandor el orden *sobrenatural*, tan ridiculizado por el racionalismo y del que cabalmente se vale el místico para internarse en las regiones esplendorosas de la luz y del amor.

Empero, ¿cómo logra el místico penetrar en el Castillo interior de la Divinidad? Pues, por medio del amor.

Si, el amor es la base y el complemento de esta ciencia que confía más en la vehemencia de la plegaria, que en la fuerza del silogismo. Y si no, preguntemos á Tomás de Aquino, cómo llegó á la verdadera unión con Dios, y él nos dirá que esto se debe á la gracia y no á la ciencia; al deseo y no al raciocinio; al gemido y no al discurso; á la plegaria y no á los libros; al esposo de su alma y no á sus maestros; á Dios y no al hombre.

(1) Participatio legis aeternae in creatura rationali lex naturalis dicitur. (2^a, 2^{ae}, q. 91, art. 1.^o) (2) Balmes. Filosofía Fund., tom. 3^o, lib. 4.^o, cap. 12.

Nada hay en el cielo y en la tierra, ha escrito el Venerable Kempis, más dulce ó más poderoso, más alto ó más extenso, ó mejor que el amor, porque el amor procede de Dios, y elevándose sobre todas las criaturas no puede descansar sino en Dios.

El que ama, vive siempre rodeado de alegría; corre, vuela, es libre, y nada le detiene, dalo todo y lo posee todo, porque descansa en ese bien único y supremo que es superior á todo y del que se derivan y proceden todos los bienes.

No se detiene en los favores que se le hacen, sino que se eleva con todo su ímpetu hacia aquel que los dispensa. Sólo el que ama puede comprender los gritos del amor, y esas palabras de fuego, que una alma vivamente llena de Dios le dirige al exclamar así: «Tú eres mi Dios, tú eres mi amor; tú eres todo mío, y yo soy toda tuya.» «Escucha mi corazón para que te ame más, para que conozca por medio de un deleite interior y espiritual cuán dulce es amarte, nadar y perderse en el Océano de tu amor.»

¡Hermosa doctrina de la *Misticismo Cristiano!*

Cuando Dios, compadecido del mundo, envuelto en tinieblas, nos envió á Santo Tomás, hizo lucir el sol de la verdad para que las disipase con sus rayos de luz, y dándole de un corazón de fuego, hizo surgir de él la llama del divino amor, para que purificados nuestros corazones amasen esa misma verdad.

Por eso el mundo entero venerará la memoria de Tomás de Aquino mientras Dios sea Dios, eternamente, y el teólogo, el filósofo, el místico, consultarán sus grandes folios para no extraviarse durante su mortal peregrinación, y no sabrán qué admirar más, si el misticismo verdadero exento de todo error que en sus obras resplandece, ó la ciencia que brilla en su envidiable misticismo (1).

(1) Muy grande es la semejanza ó, mejor dicho, comunicación entre la Teología escolástica y la Teología mística. La escolástica, cuyo objeto es la verdad; la mística, cuyo objeto es el bien; y las dos corresponden asimismo á

ARTÍCULO XXXII

DE LA LITERATURA

El abate Reaume, en la «Guía del Eclesiástico», al tratar de esta materia, exclama con entusiasmo: «Oh literatura amable, compañera de mi vida, tú que haces palpar mi espíritu abatido, tú la única que embelleces mis días poco afortunados, no me abandones jamás! Yo te amo todavía como el montañés sus bosques, como el anciano un recuerdo de la infancia, como el árabe del desierto su fresco oasis! Yo no puedo olvidar aquellos días, en que la existencia casi entera se encierra en la imaginación, que nos aparta tan lejos del presente; aquellos días, en que con tanto ardor seguía yo al combate á los héroes de Homero y de Virgilio. ¡Todavía me impresionan con la mayor viveza los nombres de Agamenón, Aquiles, Ulises, Ajax, Héctor, Priamo, que se me representan con sus brillantes armaduras, y cuyos infortunios commueven mi corazón tan hondamente! Nizo y Eusialo pasan ante mis ojos como el cuadro encantador de la amistad y me enternezco con su malhadado destino. Aun ahora mismo, para huir la triste realidad que oprime mi corazón con mano helada, pláceme ir con el cisne de Mantua á contemplar el hermoso cielo, á recorrer las campiñas, los valles sombríos de su querida Italia.»

Este es el medio para enardecer las almas y conquistarlas para Cristo. ¿De qué sirve saber mucha Teología, si no se sabe comunicarla? Hoy día se debe defender á la Iglesia

las facultades por las cuales el alma conoce y desea, comprende y ama, cuya armonía forma el tono perfecto del ser y de la vida; la escolástica, que debe regular y mantener la mística en los términos de la verdad; y la mística, que debe vivificar y realzar las percepciones de la escolástica. Sin la mística, la escolástica declinaría, como tantas veces ha hecho, hacia el racionalismo; sin la escolástica, la mística declinaría, y ha también declinado, hacia el humanismo. Por eso Santo Tomás de Aquino, que es el primero de los escolásticos, es también entre los místicos quien ocupa el primer lugar; y por ser el primero de los místicos, es el más grande de los teólogos escolásticos.

con la pluma, en la prensa, de ahí nos atacan; y ¿de qué servirá ser un gran filósofo si no se sabe filósofar con maestría, con gusto y gracia literaria?

Modelos de elocuencia y de gusto se encuentran en la Biblia, singularmente en los Profetas, que tienen una literatura limpia y levantada, cual no se descubre en ninguna civilización. «La Biblia, dice Jones (1) posee más elocuencia, más verdades históricas, más moral, más riquezas poéticas, en una palabra, más bellezas de género que las que pudieran reunirse, tomándolos de todos los demás libros, que se han compuesto en todos los siglos y en todos los idiomas». No es posible sin bajarla, hacer de ella comparación con nuestros dramas y epopeyas; á la manera que el compás de Vitrubio no sería poderoso para medir el gran templo de Salomón con sus proporciones inmensas, su mar de bronce, sus querubes cubriendo el arco con sus alas, en cuyo fondo reposaba Jehová. Allí toca lo sencillo con lo sublime; de una sencilla narración levántase el espíritu al más elevado pensamiento, dice el P. Sacrest, Ord. Praed. La belleza brota de las cosas y de la fuerza creadora é inspirante del Dios de las ciencias.

«Cuando los afeminados cantores de nuestros tiempos, dice Cantú, hacinados en teatros cubiertos, gorjean amores y pasiones con frecuencia exagerados y siempre extraños á los sentimientos del público, ¿qué puede ofrecer que llegue á aquellas majestuosas solemnidades religiosas y populares? Figurémonos á todo Israel entre el monte Ebal y el Gasizim, teniendo al Jordán en medio. Los Levitas cantan: ¡Maldito el que esculpí ó fundió imágenes de ídolos, maldito el que no honra á su padre y á su madre, el que invade las propiedades del vecino, el que extravia al ciego, el que no hace justicia al extranjero; á la viuda, al huérfano; el que peca con la mujer ajena ó pariente, el que mata á traición al prójimo, el que por sa-

(1) César Cantú, tom. 1.º pag. 134.

lario da falso testimonio!» Y á cada verso la mitad del pueblo respondía desde Ebal: «Maldito, ó bendito desde Garizim». He aquí, pues, una literatura que no daña, sino que eleva el sentimiento, enardece la fe y da expansión á las más legítimas aspiraciones del alma. (1) Véase al P. Monsabré, «El orador Sagrado», etc. sobre la Sagrada Escritura, donde se apuntan *los modelos* de elocuencia eclesiástica y de raza genuinamente sagrada.

De la literatura se vale el sabio, escribe el dominico Fr. Valentín Marín y Morales para dorar su ciencia, haciendo menos ingratas las verdades, que enseña, por cuanto le suministra medios para exponer sus teorías científicas en forma inteligible y agradable para todos. Ella es poderoso instrumento de educación y de buen gusto; pues, siendo uno de sus objetos el estudio de las operaciones, que realiza nuestro espíritu para la producción artística, y resultando ésta del equilibrio armónico de nuestras facultades, tiende, por necesidad, á cultivar este equilibrio, en el cual precisamente consiste la buena educación. Ella es, por medio del lenguaje, el lazo de unión de todos los fines humanos, de nuestras ciencias y artes, y de toda la vida de los pueblos, siendo por estas causas su estudio manantial inagotable de ilustración y de cultura; lo cual entendió bien el gran naturalista Couvier, cuando sostenía esta su profunda sentencia: «*para pensar bien, no basta estudiar los libros que se creen bien pensados, se necesita, además, leer los que se reputan bien escritos.*»

La Teología, la Moral y el Derecho enseñarán al Seminarista las verdades, que debe inculcar á sus oyentes en el púlpito y en el confesonario, y son el bien abastecido arsenal que le suministra poderosas armas contra el pecado, la ignorancia y todas las humanas flaquezas; pero, ¿le enseñan, por ventura la manera de inculcar esas mismas verdades y de esgrimir esas mismas armas? ¿No vemos

(1) P. Sacrest, «Angel del Santuario», pag. 361.

diariamente eminentísimos varones, lumbreras de la Teología ó de los Cánones, asombro de la Cátedra por lo vigoroso de sus racionios, ó lo profundo y vasto de sus conocimientos, y no obstante su mucha ciencia, *son absolutamente incapaces* de excitar el más tenue sentimiento de dolor ó de alegría en el ánimo de sus oyentes?

En verdad que si el seminarista ha de ser *sacerdote*, que debe *hacerse todo para todos*, como lo manda el Apóstol, resortes poderosos y hábiles destrezas le serán necesarios, que no encontrarán por cierto en los tratados de Cánones ni de Teología, sino solamente en la Literatura.

Para lograr que brote un hilo de agua en el pétreo corazón del avaro; para forjar el rayo de esperanzas en el alma del desesperado suicida, y encender un pensamiento en el oscuro cerebro del escéptico, son necesarias obras literarias que seduzcan por su inspiración y armonía, por el método, por la sencillez, alteza y precisión de estilo, pues, no en balde dijo Salomón: «Qui sapiens est corde, appellabitur prudens: et qui dulcis eloquio, maiora percipiet». (Prov. cap. XVI, v. 21.) El sabio de corazón será llamado prudente, más la *dulzura* de los *labios* conseguirá superiores triunfos. Esta, y no otra, es la causa *humana* de las innumerables almas, que para la vida eterna conquistó con sus devotos escritos el V. P. Granada.

Recomendamos á los Seminaristas la preciosa obra de «Principios de Literatura General» escrita en Manila, en 1806, por Fr. Valentín Marín y Morales O. P.: Y digno es de estudio el libro: «El Orador Sagrado y Tratado General de Preceptiva Literaria», compuesto por el dominico P. Fr. Raimundo Castañó, Vergara, 1902.

Y muy útil será al Seminarista la carta de *re litteraria* compuesta por el dominico español P. Fr. Norberto del Prado, Catedrático de Teología en la Universidad de Friburgo, y que es del tenor siguiente:

II

CARTA Á UN JOVEN TEÓLOGO SOBRE LA PREDICACIÓN
Y LA LECTURA DE LOS CLÁSICOS

Mi muy estimado amigo: acabo de recibir su atenta por donde veo con mucho contento mío que usted comprende perfectamente cuánto realce cobran de la belleza del lenguaje las ideas y cómo no bastan las ciencias para la acabada educación intelectual del clero, sino que conviene además añadir el buen gusto y lustre de la expresión, adquirida con la lectura y trato de los clásicos. En abono de su parecer trae V. á colación las palabras que León XIII, á propósito de la ilustración del clero, escribe en una de sus Epístolas: «*Est enim litterarum laus multo nobilissima; quam, qui adepti sint, magnum aliquod existimantur esse; qui carent præcipua quadam apud homines commendatione carent.*»—Y con este motivo me ruega V. le diga algo de lo que pienso sobre la predicación y lectura de nuestros clásicos.

Empezando, pues, por las excelencias de la lengua española, digo que bastaría para alabanza suya el haber servido á Calderón para dar forma al drama *La vida es sueño*; á Herrera para celebrar el triunfo de la cristiandad en *La batalla de Lepanto*; á Tirso de Molina para retratar *El condenado por desconfiado*; á Lope de Vega para componer infinitas comedias con tanta gala, como elegante verso; y á Cervantes para escribir la gran comedia, la comedia por antonomasia, la verdadera *Comedia humana*, en la expresión festiva, en el pensamiento profunda, y tan llena de enseñanzas como inagotable en chistes y donaires.

Mas la gloria inmarcesible de nuestra lengua, y por la cual se levanta sobre todas las lenguas de Europa, débese á que Santa Teresa de Jesús describió con ella *Las moradas del alma*; y San Juan de la Cruz trazó *La subida del Monte Carmelo*, y Fr. Juan de los Ángeles nos enseñó *La*

conquista del reino de Dios; y Fr. Luis de Granada nos dió compuesta *La guía de pecadores*; y Fr. Luis de León logró maravillosamente explicar el alto sentido encerrado en *Los nombres de Cristo*. De aquí le viene principalmente á la lengua de Castilla el ser hermosa y amiga de la luz; el ser lengua de ángeles, más bien que de hombres, y esmaltada con resplandores de divina lumbre, como formada al cabo por teólogos y perfeccionada por santos.

En la lectura asidua y detenida de los escritores de nuestra edad de oro, es donde habemos de formar el gusto literario, educar el oído y beber ese espíritu de pureza, naturalidad, sobria sencillez, dignidad, grandeza y vigor, que vive y alienta en sus inmortales escritos. En ellos debemos tener siempre fija la mirada como en modelos de perfección. De ellos aprenderemos *vocablos que signifiquen llanamente lo que se quiere decir*; y como aquel estudiante, que por sus pecados había estudiado cánones en Salamanca, de quien habla Cervantes, *nos ficaremos algún tanto de decir nuestra razón con palabras, claras, llanas y significantes*; y evitaremos ser del número de aquellos otros á quienes reprende el P. Sigüenza, cuando en el prólogo de *La vida de San Jerónimo* escribe: «Los que piensan que la saber (la lengua castellana), piensan también que el hablarla consiste en vocablos nuevos no conocidos de nuestros padres.»—Leyendo al bienaventurado Juan de Ávila, Granada, León, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fr. Juan de los Ángeles y Rivadeneira, aprenderamos de seguro en qué consiste la propiedad, pureza, elegancia y claridad de la lengua española, y se nos comunicará con su trato algo de aquella discreción que Cervantes apellida *gramática del buen lenguaje* que se acompaña con el uso.

*
*
*

Pero aunque provechoso y digno de toda loa el trato y continuo roce con nuestros clásicos, á ninguno, sin embargo, hemos de seguir arimados á la letra. Su espíritu,

ante todo, y sus maneras de pensar y de sentir, y el conocimiento que ellos poseían de la lengua patria, es lo que debemos procurar apropiarnos. La imitación servil ahoga la propia iniciativa, y tuerce ó desfigura lo personal y característico de cada uno. Hay cierto parentesco de almas, y aspectos muy parecidos en el modo de pensar y de sentir; y esta semejanza ó analogía de talentos suele manifestarse por la inclinación que nos lleva á leer unos autores con preferencia á otros. En tal caso, bueno es dejarse conducir por la ley de las simpatías, que también reina en los dominios del arte de las letras; pero cuidando de no confundir los defectos del autor favorito con sus cualidades. Prudencia en todo, que es la sal de las virtudes, y más tratándose de estilos y de gustos literarios.

Todo el secreto del estilo consiste, como dice el autor del *Diálogo de la Lengua*, en que: «digáis lo que queréis, con las menos palabras que pudiéredes, de suerte que no se pueda quitar ninguna sin ofender á la sentencia, ó al encarecimiento, ó á la elegancia.» Todos, cada uno á su manera, debemos escribir con estilo natural y sin afección, solamente cuidando de usar de vocablos que signifiquen bien lo que pretendemos expresar; pero con estilo propio; pues cada uno es cada uno, y goza de propia personalidad, y el estilo ha de ser el hombre. Lo primero, por consiguiente, es formar el espíritu, enriquecerle con abundancia de ideas, educarle en la escuela de una sólida filosofía; y luego no escribir sino sobre asuntos bien meditados y conocidos; y después, dejar ver, cuando hablamos ó escribimos, nuestra propia alma. La cual, como quiera que es imagen y semejanza de Dios, hará al cabo brillar en nuestros discursos algo de lo que ella es; quiero decir, algo noble, excelente y digno de pasar á la inmortalidad. Del orador bien puede afirmarse con tanta ó mayor razón que del *Cortesano*, que: «Lo que más importa y es más necesario para hablar y escribir bien, es saber mucho. Porque el que no sabe, ni en su espíritu tiene cosa que me-

rezca ser entendida, mal puede decilla ó escribilla.»—Todo lo cual ya lo había indicado Horacio, cuando dijo:

...Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.
Scribendi recte, sapere est principium et fons.

••

Para formar «al hombre» en el orador sagrado, dos son los libros absolutamente necesarios: la Biblia y la Suma Teológica de Santo Tomás. Con la Biblia y con la Suma se puede llegar hasta la perfección de la elocuencia. Así opinaba Lacordaire, quien, á no dudarlo, era voto en la materia. En carta á un joven sacerdote le escribía: «Nul n'est éloquent, et même parler convenable, sans beaucoup d'étude et d'essais. Parlez peu, préparez vous beaucoup, lisez et relisez sans cesser les saintes Ecritures. Avec la Bible et la Somme de Saint Thomas on peut aller au dessus de tout. Travaillez beaucoup, et le talent qui vous a été confié, s'accroît avec la peine que vous prenez. Aucune facilité ne dispense du travail; il est la clef de l'éloquence et du savoir aussi bien que de la vertu.»

Los pensamientos de la Biblia, como venidos del cielo, hacen entrever al alma las profundidades de Dios. Sus símiles, metáforas, alegorías, ejemplos y parábolas sirven para acomodar á la humana inteligencia la alteza de los divinos misterios; y sus palabras mismas, repetidas al pie de la letra, encierran un *no sé qué* de grande que penetran hasta el fondo del corazón y revelan bien á las claras haber salido de los labios de Dios. Si la composición ha de ser verdaderamente sagrada, conviene ir á beber la inspiración y doctrina á esas fuentes que brotan del trono de Dios y del Cordero; de donde recibe la palabra del apóstol cierta majestad, cierto tono de convicción y alto magisterio que se impone por la fuerza misma de la verdad.

Después de la Biblia, la Suma Teológica de Santo To-

más que es su mejor y más acabado comentario. El predicador ha de ser ante todo teólogo y doctor; debe saber pensar bien, para acertar á bien hablar; pues la palabra hablada no es sino el reflejo é imagen de la palabra interior concebida antes en el alma. La belleza de un discurso, la verdadera y real belleza que mueve el corazón y lo atrae, viene de adentro y tiene su raíz en las ideas que vivifican y dan realce á la palabra exterior y sensible, como el espíritu á la materia que informa, como el alma al cuerpo del cual es vida. ¿Dónde como en la *Sama* podrán hallarse tratados tan completos, tan ordenados, tan abundantes de luz y tan ricos de doctrina, sobre Dios y las criaturas, sobre los actos humanos, pasiones, virtudes y vicios; sobre la Encarnación del Verbo y sus grandezas, utilidades y armonías; sobre los sacramentos que el Verbo encarnado instituyó para comunicarnos las riquezas de su gracia; sobre las postrimerías del hombre, y sobre cuantas materias, en suma, debe un verdadero predicador exponer al pueblo cristiano? ¿Dónde mayor exactitud y precisión para aprender á hablar sobre los puntos más espinosos de la doctrina católica; ni más admirables analogías, ni más numerosas y sólidas razones para evidenciar la conveniencia de las verdades reveladas, y arraigar en los entendimientos el fundamento de la vida cristiana, que es la fe, mover los corazones por los motivos de la esperanza, y enamorarlos de la hermosura del amor sobrenatural, que es la caridad? ¿Dónde aquel orden luminoso de ideas, y aquella propiedad de lenguaje, y aquellas expresiones tan concisas y gráficas, de que en gran parte depende la verdadera elocuencia la cual gusta de condensar en pocas palabras riqueza inagotable de pensamientos? El mismo Angélico Doctor nos enseña este rasgo característico de la sincera elocuencia, cuando dice: *Sic loquia doctoris sunt favus distillans, quanto brevibus et paucis verbis multa et magna insinuat.—Debet intendere hoc doctor, quod scilicet intelligatur, et quantum ad hoc laborat, verba sua non sunt superflua, sed si*

postquam intelligitur, eis immoratur, superflua sunt ejus verba.»
(*Ad Ephes. cap. 3, lect. 1.ª*)

De Santo Tomás aprenderemos lo que nuestros eminentes escritores ascéticos y místicos lograron traspasar á sus maravillosos escritos: alteza de ideas, claridad de dicción, belleza de conceptos, y aquel lenguaje iluminado por los resplandores de la verdad misma que expresa. La hermosura de estilo en Granada y en León, en Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús viene á ser el reflejo de la hermosura misma contenida en las soberanas y celestiales verdades que enseñan. San Agustín comprendió así todas las reglas de la elocuencia sagrada: *Ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat.* Por estos tres escalones conviene que suba gradualmente el predicador cristiano si quiere conquistar las almas. El primer paso para atraer las inteligencias y mover interesando al corazón, es enseñar. Sin orden en la exposición de la verdad, no hay bondad ni belleza. Sin doctrina la voz del que habla queda reducida á ser como metal que suena ó campana que retiñe. Fuente inagotable de doctrina es la Suma Teológica; y ya advirtió el Cardenal Cayetano en sus Comentarios á la 1.ª 2.ª *«Brevitati proculdubio erunt ac sine viribus absque hoc (Div. Thoma) de pulpitis declamantes.»*

* * *

Formado ya el hombre con el estudio de Santo Tomás, que es como haberle nutrido con la médula del león, fácil le será al orador sagrado hacer que la verdad se manifieste y que con los rayos de su belleza agrade y conmueva. Antes que en la elección de las palabras, ha de pensarse en la trabazón de las ideas; y este enlace no se muestra con fortaleza, sino cuando entre la múltiple variedad de pensamientos secundarios saca en alto la cabeza uno de ellos que sea como el centro, al rededor del cual se agrupan y giren los demás. Las obras intelectuales del hombre no sólo han de tener como el hombre mismo una sola for-

ma sustancial, sino también demostrada de un modo sensible en los exteriores movimientos y ademanes de su cuerpo. Y esto es lo que se llama con gráfica frase: «*tener almas*»; que en las obras del arte se constituye por unidad en la variedad.

Después, hace mucho á cuento cuidar que haya proporción en nuestro discurso; y no conviene nunca que los sermones sean largos. Hasta este detalle, por cierto no de pequeño interés, lo apuntó Santo Tomás: *Sermones autem breves valde accepti sunt; quia si sunt boni, inde avidius audiuntur: si vero mali, parum gravant;*» (*Ad Hebr. cap. 13, lect. 3.^a*) — Consejo excelente, que Cervantes, en la primera parte de su *Ingenioso Hidalgo*, cap. 20, tradujo de esta manera: «Sée breve en tus razonamientos; que ninguno hay gustoso si es largo.»

Tampoco ha de ser descuidado ó negligente en las expresiones el orador sagrado. Las ideas del hombre son como el hombre mismo quien por guapo mozo que sea, pierde la mitad de su gallardía, si va vestido de harapos. Nada de estrajoso en la expresión de las grandes verdades, pues la intención del Apóstol cuando se gloria de predicar á Cristo con alteza de doctrina, y no en retórica de humana sabiduría, «no es condenar el buen estilo, y retórica, y buen término; porque antes hace mucho al caso al predicador, como también á todos los negocios; pues el buen término y estilo aun á las cosas caídas y estragadas levanta y reedifica; así como el mal término suele estragar y echar á perder las buenas.»

Quien así se explica, no es Cicerón, ni Quintiliano, ni siquiera Fray Luis de Granada; sino San Juan de la Cruz al final de la *Subida del Monte Carmelo*. Y á esta lección tan discreta de elocuencia sagrada, le ha puesto digno apéndice Santa Teresa de Jesús, quien en una de sus cartas escribe á un notable predicador. «Ninguna cosa ha perdido vuestra merced conmigo en el estilo de sus cartas; por mi tenía de decir á vuestra merced de la ganancia de

él; todo aprovecha para Dios, cuando la raíz es por servirle.»

Primero, pues, servir al Señor; y que esta sea la raíz de nuestros estudios y predicación; y luego la *galanía* del estilo, porque todo aprovecha para Dios, cuando la raíz es por servirle. Es la palabra al pensamiento lo que el culto externo al interior. Sin duda que lo primero y principal es adorar á Dios en espíritu y en verdad; pero ¿quién se atreverá á negar que las ceremonias y ritos exteriores del culto católico excitan, favorecen y sostienen los movimientos interiores del corazón? Como el alma se une al cuerpo para adquirir el desarrollo de sus potencias y la perfección de sus actos; así todo lo visible y cuanto hiera los sentidos, se ordena de suyo á la mayor inteligencia de lo suprasensible y espiritual. Conviene además rendir gracias á Dios por los beneficios del cuerpo mismo, y alabarle por razón de la palabra misma exterior, que es un don soberano de su bondad. Es Dios el dueño de nuestros labios, y el que inspira movimientos graciosos á nuestra lengua. Como los pensamientos, así también las palabras puras y sinceras son en nosotros palabras del Señor. La limpieza de lenguaje se hermana á las mil maravillas con la pureza de las ideas. Y si la elevación de concepto es como el oro acendrado; la elegancia del estilo merece compararse con la plata pura y de buena ley. Cuanto haya de hermoso y de brillante en la palabra del hombre, es como el pensamiento del hombre, reflejo del Verbo de Dios. El Señor me dió, decía Isaías, una lengua sabia á fin de que sepa yo sostener con mis palabras al que está desmayado; *Dominius dedit mihi linguam eruditam ut sciam sustentare eum qui lapsus est, verbo.* (*Isai. cap. 50, v. 4.*)

De esta verdad dan testimonio los Padres y Doctores de la Iglesia. San Jerónimo en su epístola ad *Magnum Oratorem Romanum* pasa revista á los Padres de la Iglesia griega y latina; y al ponerlos en parangón con los escritores antiguos, en nada quedan inferiores. San Agustín en

el libro segundo de *doctrina cristiana* aplaude el que los sabios cristianos se hayan apropiado la elocuencia de los filósofos gentiles; y en verdad que no puede menos de admirarse, como digno de imitación, el estudio, la erudición y el amor á la ciencia y á las bellas letras en que tanto sobresalieron los Doctores del cristianismo. Tertuliano nada tiene que envidiar á Tácito en lo enérgico, conciso y profundo. Tulio se asombraría al verse superado en majestad, serena exposición y dominio de la lengua del Lacio, si hubiese podido leer las homilias de San León el Grande sobre la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Y el solo nombre de San Juan Crisóstomo atestigua no haberse agotado, sino por el contrario haber corrido con mayor afluencia de labios cristianos el río de oro de la antigua elocuencia griega. Y en fin, el mismo Santo Tomás no solamente consigna el hecho, sino que además alega el motivo de ello, diciendo: «*Sancti viri elegantius loquuntur, quam etiam rhetores mundi, sicut Ambrosius, Hieronymus et Leo Papa. Nam si licet uti ad persuadendum in malo ornata locutione, multo magis in bono.*» (*Ad Coloss. cap. 2.º lect. 1.ª*)

Y qué predicación más sencilla á la vez que sublime, elegante y pintoresca, aun considerada por parte de la forma de expresión, que la de los Profetas, la de los Apóstoles y la de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio? El orador sagrado ha de empaparse en el espíritu y en la letra de los Libros Santos; ha de apropiarse los tesoros de su doctrina, y las diversas maneras de su estilo y lenguaje, según convenga; y no hay duda que cuando hable, su palabra será verdaderamente palabra de Dios. Ante todo, el espíritu de Cristo, el amor á su cruz y á su pasión; y no olvidarse de que nada son ni el que planta, ni el que riega, sino que sólo la virtud de Dios hace crecer y prosperar los trabajos del operario evangélico. Todas nuestras buenas obras las obra el Señor; mas aunque siervos inútiles, el Señor quiere que trabajemos cuanto estuviere de nuestra parte.

Granada, muy especialmente, debe ser el autor favorito del orador sagrado; y sus escritos, donde se encuentra todo género de materias predicables, no se han de caer nunca de las manos. Aquí tiene aplicación el consejo de Horacio: *Exemplaria graeca nocturna versate manu, versate diurna.*—Del venerable Pray Luis de Granada se ha dicho por críticos muy entendidos en esto de gustos literarios y de elocuencia española, que—«Dios anda en sus escritos, como anda en el Universo, dando inspiración y vida;» que «su elocuencia rozagante y de anchos pliegues es la de los Cicerones y Crisóstomos;» que «en su *Memorial de la vida cristiana* la teoría de las ideas está no menos bellamente expresada en la lengua de Castilla, que en la de Atenas, aunque modificada conforme al sentir de San Agustín y de Santo Tomás;» y que, en fin «su elocuencia es tal, que excede á cuanto se ha escrito en lengua castellana.»

Y el notable y distinguido literato que con tanta estima ha sabido apreciar la elocuencia de Granada, cuenta en el tomo 3.º de la *Historia de los Heterodoxos* (pág. 377) la afición de aquel famoso impío que leía asiduamente la *Guía de pecadores*, en los términos siguientes: «Me pasa con este libro una cosa que apenas sé explicarme. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal manera, que mientras le estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como las monjas y como los misioneros que van á morir por la fe católica á la China ó al Japón. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma libro más admirable.»

En esto de ser aficionados á la lectura de Granada no haremos sino seguir el ejemplo de Santa Teresa de Jesús, la cual en carta al Venerable Padre escribía que: «le amaba en el Señor por haber escrito tan santa y provechosa doctrina;» y que: «tanto se consolaba en oír sus palabras.»—Seguiremos también las huellas de Pray Luis de León,

quien confesaba haber aprendido en sus obras más noble y verdadera teología, que durante los años de enseñanza en la Universidad de Salamanca.—Y de estilo galano, de naturalidad, sencillez sublime y graciosa belleza son también modelo excelente todos los tratados y cartas de la Doctora del Carmelo, y los *Nombres de Cristo* del ilustre hijo de San Agustín, obra acaso la más perfecta, la más acabada y artística de la Teología española en el siglo XVI.—Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de Granada y Fray Luis de León nos enseñarán con sus obras de qué manera hemos de pensar, sentir y hablar, como cuadra á españoles amantes de las glorias de su patria.

Que nuestra gran Santa y gran Española nos enseñe también con su ejemplo y con su doctrina á saber contemplar la hermosura del *Castillo interior* del alma; y si no llegar hasta la morada misma del centro, entrar al menos en algunas de las principales piezas; y ante todo acertar con la puerta de este castillo labrada de un solo diamante, que es la *oración*.

La cual, por lo mismo que nos eleva y avvicina á Dios, se convierte en manantial de levantados pensamientos; pues quien con Dios anda y con Dios habla, en cuanto piense, sienta y diga, por fuerza ha de descubrir algo de celestial y divino.

UN TRÓLOGO DE ANTAÑO (1)

ARTÍCULO XXXIII

DE LA ORATORIA

DE LAS CUALIDADES DE UN BUEN ORADOR

Un buen orador necesita mucha inteligencia, gran corazón, buena voz y gracia en el decir. Cuando decimos que

(1) Este trólogo de antaño es el célebre P. Fr. Norberto del Prado, Ord. Praed. catedrático de la Universidad de Friburgo y autor de varias obras teológicas.—(a) Del P. Sacreat. «Ángel del Santuario», pag. 175 y sigtas.

necesita mucha inteligencia, no entendemos sólo mayor ó menor fuerza de talento; sino gran tesoro de conocimientos, mayormente sagrados. Decían los antiguos que el orador se diría perfecto cuando hubiese visto mucho, oído, leído, pensado y meditado mucho (1). Aun cuando entendamos que esta definición del perfecto orador no concuerda con aquella regla de Lógica que dice: *omni et soli*, que convenga á todo orador y á sólo el orador; pues nos consta que uno que ha visto mucho, oído mucho, leído, pensado y meditado mucho, no puede menos de ser perfecto en casi todos los ramos del saber; no obstante, no hay duda que, sobre todo en materias eclesiásticas, conviene que así sea, es decir, que esté muy instruído.

«El predicador, dice el V. Granada, (2) debe estar instruído en toda la filosofía, moral y doctrina cristiana. Porque como él debe hablar continuamente de las virtudes y vicios, de los mandamientos de la ley del Señor, de los sacramentos y de los misterios de la fe cristiana que se contienen en el símbolo, debe tener, en cuanto le sea posible, una ciencia acabadísima de todo esto, para que así pueda tener argumentos que sean conducentes para exhortar ó disuadir, probar ó reprobear, amplificar ó disminuir. Mas todo esto ¿de dónde puede recogerse sino de la lección de las santas escrituras y antiguos Padres?»

Por eso aconseja este mismo Padre, llamado el Cicerón español, que el que se sienta con vocación para el apostolado procure tener un cuaderno, donde apunte todo lo notable que encuentre en la Escritura, santos Padres, en Teología, Filosofía y aun en cualquier ciencia que al caso pueda venir, no mirando, según el consejo de Santo Tomás, á quien lo dice, sino á lo que dice; que no es raro que un rústico del campo diga á sus tiempos alguna notable sentencia. Una perla, porque esté en un lodazal, no dejará de ser recogida. Y el que no tiene cuidado en hacer su caudal, y sin él se lanza á predicar, es semejante, dice

(1) De Oratore, 1, 50.—(2) Rectórica del V. P.

San Gregorio, al pajarito que antes de tener plumas salta del nido; por donde no vuela hacia arriba, sino que cae hacia abajo.

Estudiar, pues, mucho, mayormente la Filosofía, Teología y Escritura, y entonces podrá hacerse algo porque la palabra de Dios sea dignamente anunciada.

Hemos dicho que el orador necesita *corazón*. Que es decir, que una cosa es un profesor de Matemáticas que frío y estoico explica sus lecciones, y otra muy diferente el orador que habla para mover el corazón. Esto es cabalmente lo que distingue la oratoria de todas las demás artes y ciencias. La oratoria da corazón á la filosofía, á la teología, al derecho, á la historia. La luz de tales ciencias es la luz fría de la electricidad; más la luz de la oratoria es la luz del fuego ó del sol. Demóstenes y Cicerón conmovieron las muchedumbres con ser menos que Aristóteles, y San Cipriano y San Juan Crisóstomo electrizaran á los fieles con ser menos que San Agustín.

Estoy por decir que el corazón es el todo, quiero decir, el gran factor de la oratoria. Sabido es lo de aquel célebre artista que hizo un Moisés, el cual salió tan perfecto de manos del autor, que éste viéndole tan acabado, le miró, y dándole con la mano en el rostro le dijo: «Anda, ¿por qué no hablas?» Pues hay sabio que escribe una oración tan cumplida y acabada, que no le falta más que hablar. Pues así la oración del orador, por muy cumplida que sea, sin el corazón, es ese Moisés que no habla; con el corazón conmueve y hace sentir todas las vibraciones del sentimiento.

Si hablásemos á un orador de foro ó de tribuna podríamos dar por suficientes estas indicaciones; más hablando á un orador sagrado no habríamos dicho lo que más interesa en el caso. Pues nos consta que la elocuencia sagrada viene de más alto y tiende á mayor vuelo, que el que puede arrancar de la carne y de la sangre. Por donde hemos de añadir que las energías y ternezas naturales del

corazón son santificadas y realizadas por virtud superior, mediante el celo de las almas y la caridad de Dios. Que es decir que el orador cristiano puede acrecentar con efecto el ardimiento natural del corazón, penetrándose de la importancia y grandeza de su ministerio, del mucho bien que puede reportar á las almas y de la gloria incomparable que puede dar á Dios nuestro Señor; que no hay duda que el sacerdote penetrado de los misterios de Dios y enardecido con el celo de las almas, aumenta la virtud de su palabra con quilates que no son de comparar con la elocuencia humana porque su valor viene de la gracia del Señor.

De aquí la palabra enardecida de los Profetas de Dios y de los apóstoles de Cristo, que para nuestro aliento y enseñanza queda todavía latiendo en las divinas letras. ¿Qué fuerza de palabra no es aquella que muestra el Profeta (1) cuando dice: «El celo de tu casa me comió.» Y otrosí (2): «Vi á los quebrantadores de tu ley y me consumía, pues no guardaban tus mandamientos;» y más (3): «Pasmaos ciegos sobre este caso y vuestras puertas se caigan de espanto; porque dos males ha hecho mi pueblo: á mí desampararme que soy fuente de agua viva, y desampararonme por charquillos de agua turbia.» Asimismo, dice San Pablo (4): «¿Quién enferma, que no enferme yo? ¿Quién se escandaliza, que no me queme yo?»

Elocuencia es esta divina, voz del Señor en la virtud, voz que quebranta los cedros del Líbano y conmueve los desiertos de Cades.

Así que importa mucho que el orador cristiano comprenda la índole celestial de su misión compenetrándose con el ejercicio de la contemplación y de las virtudes cristianas, de las verdades que ha de anunciar á los pueblos, de la grandeza de la fe cristiana y de la importancia de la salvación de las almas. Así si tiene disposiciones natura-

(1) Psalm. 68, v. 10.—(2) Psalm. 118.—(3) Jerem., 2, 12.—(4) 2.ª Corint., 11, 29.

les, las eleva; y si no las posee suplirá la fuerza que le falte aquel Señor que dijo: «Dará en virtud palabra á los que evangelizan.»

Pronunciación y acción. Cuando hay en el orador la cualidad que acabamos de apuntar, hay expresión en el decir, que es en la voz y en el ademán exterior del rostro, de los brazos y aun de todo el cuerpo. ¡Por algo el corazón es el centro de la vida! Rogóme, escribe el V. Granada (1), un cierto predicador bisoño á que le oyese cuando predicaba, para que después le advirtiese lo que me pareciese digno de reprensión. Y hé aquí que volviendo á casa, concluido el sermón, vi unas mujercillas que altercaban entre sí: las cuales, así como hablaban movidas de verdaderos afectos del ánimo, así también mudaban las figuras del semblante y tonos de la voz conforme á la variedad de los mismos afectos. Entonces dije á mi compañero: Si aquel predicador hubiese oído á estas mujercillas é imitara sus maneras de decir, nada le faltara para una perfecta oración.»

Donde dos cosas son de notar. La primera, que como el corazón agitado era el que movía la lengua y trasformaba el rostro y las maneras todas de la expresión, tenía en realidad lo principal, por no decir el todo, de la buena acción y pronunciación. Entonces es cuando tiene cumplido lugar lo que dice Fabio en el Lib. XI de sus *Instituciones oratorias*, por estas palabras: «Ninguna prueba que alegue un buen orador es tan firme que no pierda sus fuerzas, si no se ayuda de la aseveración del que habla. Es fuerza que todos los afectos desmayen, si con la voz, semblante, y con casi toda la compostura del cuerpo, no se animan.»

La segunda cosa de notar en la anécdota referida es que todo aquello hacían sin linaje alguno de estudio, amaneramiento ni afectación. De lo cual se saca que, en este asunto, mejor que en ningún otro, importa la naturalidad, no teniendo aquí el arte otro oficio que ayudar á la

(1) *Retórica Ecles.*, Lib. 6.º, c. 2.º

naturaleza deshaciendo ciertos siniestros que por flaqueza de nuestro ser fácilmente se pegan. Razón es esta por la cual más fácil es señalar algunos defectos visiblemente contrarios al buen decir, que dar reglas fijas y precisas mayormente si esto hubiese de ser para todos los casos y ocasiones varias en que puede encontrarse el orador. No ignoro, escribe Cornificio (1), «cuan grande negocio haya emprendido intentando expresar los movimientos del cuerpo con palabras y las voces con la pluma. Mas no he confiado que esto podía hacer de manera que de estas cosas pudiese escribirse con bastante exactitud..., sino que quisimos advertir aquí lo que convendría dejando al ejercicio y práctica lo demás.»

Conforme á esto decimos que la pronunciación no ha de ser corrida, confusa, ni siempre de un mismo tono; sino más bien pausada, correcta, limpia y con entonación según la variedad de los afectos y movimientos del auditorio. Si es reprobada la monotonía, no lo son menos las subidas y bajadas repentinas fuera de algún caso excepcional. Y por lo que mira á la acción, la cual es complemento de la pronunciación según que por el movimiento de los ojos, de los labios, de los brazos y de todo el cuerpo hablamos ó manifestamos los sentimientos del alma; por lo que mira, digo, á la acción son de reprender los movimientos excesivos de los brazos tal como levantarlos sobre la cabeza, extenderlos hacia adelante. Sería ridículo hablar del cielo y apuntar á la tierra, increpar á las gentes y dirigirse al altar. Por donde el buen orador se presenta en el púlpito, con aire grave y modesto al mismo tiempo, con ademán comedido y desembarazado. La mano ó el brazo derecho lleva regularmente el peso de la oración. La acción pausada y oblicua es por lo general la más agradada. Naturalidad y decoro, he aquí las leyes que guarda un buen orador.

(1) Cornif. ad Her., Lib. 3, c. 11.

ARTÍCULO XXXIV

PARTES DE UN SERMÓN

Cinco son las partes que suelen señalar los autores á una perfecta oración. Exordio, Proposición, Narración, Confirmación y Epilogo. Desde luego no se ha de entender que sean necesarias esas cinco partes. Porque la narración se omite con frecuencia, y el exordio huelga en casos determinados.

En las grandes solemnidades, adoptaríamos el parecer del Diccionario de Bludú, que indica como mejor sistema, comenzar por la historia de la solemnidad ó explicación del dogma á que la misma se refiere, para luego dejarse caer en algún punto ó reflexión oportuna. Porque es cosa que cansa y arguye amaneramiento en días perfectamente concretos, andarse primero por lejanas regiones hasta irse, según suelen los principiantes, al paraíso con ideas tan sobremaneras generales, que son aplicables á cualquier asunto, para después de mucho hablar, concluir con lo que el esplendor de la solemnidad ha dicho mucho antes. Nunca mejor que en semejantes casos el consejo de muchos de componer el sermón antes del exordio, adoptando para el mismo alguna idea que pertenezca al mismo asunto, para de esta suerte hacer converger todos los pensamientos á la ilustración de una misma idea. Esta observación la creemos aplicable á otros muchos casos. El Padre Planas, en su *Virgo Prædicatoria*, es modelo acabado en este respecto. Trata, v. gr., de probar el poder suplicante de la Virgen, y en el exordio toma la historia de Ester en el acto de alcanzar de Asuero lo que deseaba para su pueblo. Esto da gracia, naturalidad y orden al discurso.

La proposición consiste en una cláusula simple ó compuesta que sintetice el pensamiento que se quiere desarrollar. Unas veces es simple y otras compuesta, según

mejor convenga, debiendo en el segundo caso ser dividida. Los miembros de la división no convendrá que pasen de tres. En todo caso es de rigor que los tales miembros de la división sean de tal suerte unidos que no se confundan, ni el uno contenga al otro, y á su vez sean de tal manera distintos que ilustren un mismo pensamiento.

Al ser anunciada la proposición, lo ha de ser con precisión y claridad, de modo que el auditorio entienda el camino que va á emprender el orador. No basta á esto que se anuncie el asunto, sino el respecto ó respectos debajo de los cuales va á ser tratado. Así no basta decir: voy á hablaros de la fe, sino es añadiendo, v. gr., de su necesidad y excelencia. Igualmente es de advertir que, si bien importa anunciar la proposición con interés, no ha de ser esto de tal suerte que degeneren en ponderaciones ridículas que á la postre terminen por hacer indiferentes á los que tal oyen.

Sigue luego la parte que se llama *narración*, la cual no siempre es necesaria ni conveniente, puesto caso que á veces no lo sufre la materia que escogió. Mas cuando es tal la cosa que el desarrollo de las pruebas descansa en algún hecho histórico ó pasaje bíblico, será entonces muy del caso asentar primeramente el hecho con las circunstancias que mejor dicen á las aplicaciones é ideas que intenta desarrollar en el discurso. Por donde la tal narración, si de una parte ha de contener lo sustancial del hecho y circunstancias más salientes, no debe extenderse en cosas y datos que con ser muy verdaderos, son innecesarios al objeto que se persigue. Teniendo esto presente, resultaría más breve, clara y precisa la narración. No impide esto que se haga agradable la historia con descripciones oportunas y ciertas interesantes ocurrencias que en el bien decir nunca parecen mal.

No dejaremos de notar que, aun cuando no venga á cuento en determinadas materias la narración, es muy cierto que en la mayoría de los asuntos viene muy apropó-

sito establecer algunos prenotandos ó aclarar algunos conceptos en que puede ser tomada la proposición, lo cual, en último caso, viene á suplir la narración. Tiene esto singularmente aplicación al hablar de las solemnidades y misterios de la fe.

La parte más importante es la que llaman *confirmación*, ó sea el desarrollo de las pruebas, las cuales conviene que sean muchas y desarrolladas, y mucho mejor si se colocan con tal ordenamiento que unas llamen á otras. Es lamentable lo que acontece á algunos oradores que al anunciar su tema, dicen con tono de formalidad *os demostraré*; y dejando intactas las pruebas, concluyen muy hermosamente *como os he demostrado*. Para no caer en semejante abuso, preciso es tener siempre por delante el orden lógico de las ideas y estudiar mucha filosofía. Si no se sabe filosofía, aun cuando se entienda de Escritura, de Historia, de Moral, de Ascética, de Teología positiva y de Patrología, no tendrán los sermones unidad, ni claridad, ni solidez. La Filosofía, que es la ciencia de las causas, acostumbra al hombre á no asentar proposición, sino es añadiendo sus pruebas.

Cuando un discurso va lleno de doctrina y está ordenado en las ideas, aun cuando muchas gentes no sepan darse la razón, les gusta y se les queda. Podrá ser que no sea de grandes emociones, que al momento no haya producido impresión, pero á la corta ó á la larga se dejarán sentir sus efectos. Es á la manera de la semilla, que no siempre germina á poco de ser echada en la tierra; antes semillas hay que nacen á los ochos días, y semillas que al instante, y semillas que dejan correr el invierno entero para no brotar hasta la primavera ó el verano. Pues así la palabra de Dios, cuando es llena, aunque sea reposada, sino da fruto al instante, lo dará infaliblemente más tarde. En lo cual nos permitiremos una observación, y es, que el fruto de los sermones no hay que medirlo por las confesiones ó conversiones visibles y ruidosas, sino que frutós son de

la palabra de Dios los remordimientos que se levantan al escuchar la palabra del predicador, los cuales van creciendo hasta que terminan por rendir el alma. Fruto es también el esplendor del culto acrecentado con la apología de los dogmas cristianos y panegíricos de los santos; fruto la mayor ilustración del pueblo, la impug nación del mal y la reivindicación del bien. Por donde viene el pueblo á sentir más altamente de nuestra religión y á tener en mucho los caminos de Dios. Sembrar, pues, que algo queda. Semejante es el reino de Dios á un sembrador, el cual aunque dejó caer parte entre piedras y espinas y caminos, todavía mucha cayó en buena tierra y dió su fruto, que son las almas buenas que se aprovechan de la palabra de Dios.

Por todo lo cual entendemos que, ante todo y más que nada, debe el orador procurar que sus trabajos sean nutridos de doctrina y ordenados en las ideas, amenizándolos con imágenes, comparaciones y ejemplos. Donde es de notar que si tales semejanzas y ejemplos son sacados de la Escritura, sobre estar á cubierto de toda falsedad, que no es ventaja pequeña para el siglo en que vivimos, tiene el mérito de ser doble prueba, la prueba sacada de toda semejanza y la prueba del sello divino que imprime la revelación.

Sobre el Epílogo, que contiene dos partes, es á saber, resumen y moción de afectos, suelen los autores advertir que lo primero sea corto y saliente, y lo segundo tierno y conmovedor. Se repiten, pues, los puntos más salientes; pero en distinta forma tal que hiera más vivamente el ánimo de los oyentes. Si aconteciese, que al fin de la última prueba estubiere excitado el orador y conmovido el pueblo, holgaría el dicho resumen; que mientras el orador se ajustaba á la materialidad de las reglas, perjudicaría al fin de la oratoria.

En lo demás, ahí es donde, dice San Agustín (1), «son necesarias las obsecraciones, reprensiones, concitaciones,

(1) Libro 4.º de Doctrina cristiana, cap. 4.

apremios y todo lo que conduce á mover los ánimos.» Es el Epílogo el último asalto sobre el corazón,

ARTÍCULO XXXV

DE LAS CIENCIAS AUXILIARES

DE LA GEOLOGÍA

I

Copiamos del P. Sacrest:

Muy ligadas andan con la historia la Geología y Arqueología, estudios ambos que de un tiempo á esta parte han tomado vuelo extraordinario; y como afectan de manera singular á la Religión y á sus dogmas es convenientísimo que nos apliquemos á semejantes estudios. (a)

El espíritu sectario y enemigo de los filósofos del siglo pasado, trató de buscar tropiezos y dificultades á la verdad de Dios aun en las profundidades de la tierra, viendo en cada capa del globo un cúmulo inacabable de obstáculos á la palabra de Moisés, No hay duda que este sagrado historiador, no al investigar sino al afirmar como simple narrador los hechos consignados en el Génesis sin dudas ni pretensiones, se expuso, digámoslo así, tratándose de la constitución física del globo, á todas las dificultades de la ciencia. Y precisamente por esto es hoy tanto más glorioso para la fe observar que la Geología que en un principio negaba las aserciones del Génesis, viene hoy á manifestar con la Escritura ninguna contradicción antes bien saludable acuerdo. «La Escritura, dice Mr. Marcel de Serres (1), adivinó pues el resultado de los descubrimientos más recientes, diciendo que la luz estuvo en acción ó movimien-

(a) Apreciamos, s. m. j., que hoy día es un «lugar teológico» de vera Religione, el estudio de la Geología y Arqueología.

(1) De la Cosmogonie de Moise, comparez aux faits géologiques. T. 1.º

to en la época primera. La Escritura por consiguiente lejos de estar en oposición con el progreso de los conocimientos físicos, presta á la ciencia su apoyo y autoridad.» Y hablando de la luz, escribe semejantemente Mr. Chaubart, (1) «Es un hecho muy digno de ser notado, dice Choubart, que los significados de calórico y de luz se hallan expresados en la Biblia por una misma palabra. En el sentido ó significado del hebreo, debemos comprender, no sólo la luz sino el calórico, y es preciso traducir la palabra *avor* por luz-calórico, que corresponde á nuestro agente químico-electro magnético, nacido ayer, si nos es permitido hablar así; de modo que la Biblia le lleva á la ciencia una delantera de más de tres mil años. A fin de poder concebir más fácilmente lo que es ese fenómeno al cual damos el nombre de luz, debe tenerse presente, que la palabra, *avor*, tomada en su sentido radical, lleva consigo la idea de un fluido saliendo por medio de efluvios.»

Así mismo vuelve Mr. Marcel de Serres (2) á comprobar el relato Bíblico con estas palabras: «Las relaciones que acabamos de señalar entre el relato del Génesis y los recientes descubrimientos de las ciencias físicas, son muy notables. El genio del legislador hebreo recoge por ellas un nuevo tributo de gloria, y ya no se puede dejar de reconocer en él, ó una revelación venida de lo alto ó al menos ese golpe de vista del genio (3) que adivina los misterios de la naturaleza, atraviesa las tinieblas en que se hallan envueltos, y constituye la verdadera inspiración que comunica á los hombres un rayo de la verdad eterna».

Luego, hablando sobre el diluvio consignado en las sagradas páginas, vuelve la Geología á confirmar el relato de Moisés. Boulanger, en su *Antigüedad descubierta*, con ser enemigo de la Fe, no puede menos, por los descubrimientos geológicos, de escribir la siguiente importantísima confesión: «Es preciso tomar un hecho en la tradición de

(1) Elementos de Geología.—(a) Cosmogonie de Moisés. Tom. 1.º pág. 42.—

(3) Recuérdese quien habla.